

LA REINA
DE LA NOVELA
ROMÁNTICA
SUECA VUELVE
A CREAR
ADICCIÓN

SIMONA
AHRNSTEDT
SOLO UNA
AVENTURA

PLAZA  JANÉS

SIMONA AHRNSTEDT

SOLO UNA AVENTURA

Traducción de
Francisca Jiménez Pozuelo

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Había muchas cosas que daban miedo en esa casa, y más a una niña pequeña como ella. La comida extraña, las voces airadas, no saber nunca qué iba a ocurrir, cuándo te iban a dar una paliza...

Pero lo peor era el sótano. Hacía frío y olía mal.

Se acurrucó con la espalda pegada a la pared y la frente entre las rodillas, sintiendo la desolación como un nudo en la boca del estómago, como una herida en el corazón. La soledad y el desprecio dolían y, aunque estaba acostumbrada, nunca había sido tan duro.

Además, estaba a oscuras. Y tenía hambre.

Gimió con la cabeza apoyada en las piernas. Tenía mucho miedo, pero intentaba ser valiente.

No iba a llorar.

Por más daño que le hicieran, no iba a llorar.

1

Ambra Vinter miró el bloc en el que había anotado algunas ideas sobre el artículo, el número de teléfono de una persona a la que había entrevistado y un recordatorio de que tenía que comprar café. Lo último estaba subrayado con línea doble. Una de las pocas cosas que le pedía a la vida era poder tomar café por la mañana.

—Ambra, ¿me estás escuchando?

«Intento no hacerlo.»

Pero como la que formulaba la pregunta era Grace Bekele, su jefa inmediata y redactora de noticias de *Aftonbladet*, respondió con toda la diplomacia que pudo.

—Por mi parte no hay ningún inconveniente en que mandes a otra persona, al contrario. La semana pasada estuve trabajando en Varberg y acabo de llegar del incendio de Akalla —dijo Ambra con mirada suplicante.

Tenía que haber otro periodista al que Grace pudiera enviar a cubrir ese trabajo de mierda. Un periodista joven y hambriento que aún no se hubiera vuelto tan cínico como ella y al que le apeteciera alejarse un tiempo de su escritorio en la redacción.

—Pero a mí me gustaría que fueras tú —replicó Grace

moviendo con energía sus delgadas manos; sus afiladas uñas destellaron.

A pesar de su aspecto de supermodelo, Grace era conocida por sus extraordinarias dotes de mando, y Ambra sabía que su jefa ganaría esa batalla, como solía ocurrir.

—¿Dónde hay que ir esta vez? —preguntó.

La ropa le olía a humo. No lograba acostumbrarse a la rapidez con la que se propaga el fuego. En menos de tres minutos todo estaba ardiendo. Al menos no hubo muertos. Ninguna familia debería morir en un incendio tres días antes de Navidad.

—A Norrland, ya te lo he dicho.

—Norrland es grande. ¿Puedes ser más concreta?

Ambra tenía motivos de peso para no querer viajar al norte, se tratara o no de un trabajo de mierda.

—A Norrbotten. Tengo el nombre del sitio apuntado por aquí.

Ambra esperó mientras Grace revolvía papeles en el desordenado escritorio. Trabajaban en la sección de noticias de actualidad, el corazón de esa maquinaria que era la redacción de *Aftonbladet*. Eran las dos de la tarde y afuera todo estaba oscuro, caía una lluvia helada y el viento soplaba en ráfagas. El tiempo ocupaba la primera página, por supuesto. Un tiempo inusualmente bueno o malo siempre estaba en la portada de la web. Era la noticia más leída del día, con casi mil clics por minuto.

Ambra buscó una página en blanco en su cuaderno.

—Y ¿qué es exactamente lo que tengo que hacer en Norrbotten? —preguntó en el tono más complaciente que pudo.

Grace levantó unos montones de papel y estuvo a punto de volcar una taza de café ya frío. Nadie tenía escritorio propio, ni siquiera los jefes de redacción. Grace era uno de los cuatro redactores que dirigían la sección diaria durante todo el año. El resto de las áreas, desde Deportes, Ocio y Sucesos hasta Internacional, Obituarios y Cultura, estaban colocadas en torno a la de Actualidad, como satélites alrededor de un eje que no descansaba nunca.

—He visto la nota hace un momento. Creo que era Kalix —dijo Grace.

«Podría ser peor», pensó Ambra mientras anotaba Kalix en el bloc.

—Y tienes que entrevistar a Elsa, noventa y dos años. Llámala por teléfono para pedirle una cita. Tengo por aquí su número. Llegó a través del buzón de sugerencias de los lectores y pensé que podía ser interesante.

—¡Qué bien! —exclamó Ambra sin mover ni un músculo de la cara.

Las sugerencias de los lectores era el espacio de la web de *Aftonbladet* en el que la gente común podía informar sobre noticias y ganar mil euros si la primicia valía la pena. En el 99,99 por ciento de los casos no era así, pero Ambra, obediente, anotó también el nombre de Elsa y luego se froto la frente.

—¿Se trata al menos de una persona?

La pregunta no era irrelevante. Una vez la enviaron a entrevistar a Sixten Berg, de veinte años, y resultó que Sixten era una cacatúa que podía cantar y bailar «Hooked on a feeling». El resultado fue una noticia entretenida con un corto divertido en la web, aunque tal vez no fuera con lo

que Ambra soñaba en su época de estudiante de periodismo.

Grace sacó un pósito amarillo fluorescente.

—Aquí está. Elsa Svensson, nacida en 1923. Vivió un romance con uno de nuestros primeros ministros y al parecer ha tenido un hijo secreto con él.

Ambra levantó la vista.

—¿Hace poco? —preguntó escéptica.

Grace arqueó una ceja bien perfilada.

—Como te he dicho, la dama en cuestión tiene noventa y dos años, así que no fue en este milenio. Pero hasta ahora no había hablado con los medios de comunicación y, al parecer, ella es la típica habitante de Norrbotten. Puede ser una buena historia. Un destino emocionante y apartado, un lugar exótico, ya me entiendes. Y perfecta para la Navidad, mucha gente querrá leerla.

—Mmm —murmuró Ambra sin ningún entusiasmo—. ¿Qué primer ministro?

—Uno que ya ha fallecido. Tendrás que verificarlo.

—¿No tenían todos un montón de hijos ilegítimos?

No quería ocuparse de esa noticia. Prefería los dobles homicidios y los accidentes de tráfico.

—Vamos, Ambra. Es una historia hecha a medida para ti, es justo lo que se te da bien. Habrá muchos clics, eso está garantizado, y tengo órdenes de hacer más cosas de estas, venden un montón. Además, la anciana quería que fueras tú.

—No lo dudo.

No era la primera vez que un lector quería hablar con un periodista en concreto.

Volvió a mirar hacia la ventana. Un candelabro de Adviento parpadeaba de forma irregular. El negocio se basaba en el número de clics, que se traducían en ingresos por publicidad. Y no podía ignorar el hecho de que estaban a punto de reorganizar la empresa y que se arriesgaba a perder el trabajo. Desde hacía un par de años su carrera solo podía describirse como una curva descendente. Si no tenía cuidado acabaría en el turno de noche, un callejón del que nunca se salía, en el que los periodistas vivían como pálidos animales nocturnos, traducían inservibles artículos del inglés y veían morir sus almas. Se rindió.

—¿Y el fotógrafo? —preguntó.

—Un free lance local —respondió Grace asintiendo con la cabeza—. Contactarás con él allí.

—De acuerdo —accedió mientras se levantaba de la silla.

No tenía sentido volver a casa. Iría a por un café, compraría un sándwich frío en la máquina del comedor del personal, llamaría a esa tal Elsa de noventa y dos años y se quedaría en la redacción investigando el tema. Fantástico.

—¿Me puedes enviar toda la información que tengas? —pidió.

—Quiero un primer texto en cuanto puedas. Si es realmente bueno tal vez tiremos de otros tópicos. La Navidad en Norrland, los renos, el encanto de la nieve y esas cosas.

Ambra se preparó para marcharse.

—Creo que tenía que decirte algo más —dudó Grace.

Ambra se detuvo.

—Sé que es poco tiempo y que está muy lejos, pero tendrás que darte prisa para volver antes de Navidad.

El tono de voz de Grace, un poco estresado pero ama-

ble, le decía que su jefa tenía buena intención, pero el problema no era precisamente la Navidad. Ambra tenía un único pariente, su hermana Jill, a la que también habían adoptado, y llevaban varios años sin celebrar juntas las Navidades. No consideraba ni mucho menos que hablar con la ex amante de un famoso político ya fallecido supusiera tener que rebajarse. Por supuesto, a un periodista no había que imponerle tareas humillantes (una regla que nadie tenía en cuenta), pero Ambra pasó un tiempo en la sección de Espectáculos y había hecho cosas mucho peores. En este caso el problema estaba en tener que viajar al norte.

—Me encargaré de ello —accedió, conteniendo un suspiro. Su vida personal era algo que no le concernía a nadie.

—Sé que lo harás —dijo Grace mirándola fijamente por encima del escritorio.

A sus treinta y dos años, solo dos más que Ambra, Grace era ya una experta redactora de noticias en uno de los puestos más duros del sector. Y, como si su relativa juventud y el hecho de ser mujer no fueran suficientes desventajas, Grace era además negra. Nacida en Etiopía, emigró a Suecia de niña y fue una especie de genio en su etapa académica. Grace Bekele era una leyenda en el sector. Y cuando la miraba de ese modo, Ambra era capaz de caminar sobre ascuas encendidas. O de viajar a Kalix.

—Gracias. Sé que te interesa el puesto de redactora de Investigación —añadió—, no lo he olvidado. Le hablaré bien de ti a Dan Persson en cuanto tenga oportunidad de hacerlo.

Ambra se quedó sin palabras; la gratitud era una sensación bastante incómoda. Pero su sueño era ese: trabajar

como periodista de Investigación en *Aftonbladet*, descubrir las noticias antes que nadie y escribir largos reportajes. Se rumoreaba que pronto habría una vacante. Era poco frecuente, y seguro que habría muchos candidatos para el puesto, empezando por todos sus colegas y competidores, pero si conseguía no meter la pata durante las próximas semanas, tal vez tuviera una oportunidad. Eso suponiendo que consiguiese no enfrentarse demasiado al redactor jefe Dan Persson. Después de pensarlo bien, decidió que lo mejor sería hacer ese viaje.

—Gracias. Saldré mañana.

Empezó a analizar el asunto desde distintos ángulos y a repasar de forma mecánica el equipaje y el equipo que se tendría que llevar.

—Espera —la interrumpió Grace con otro pósito en la mano, esta vez naranja y en forma de flecha—. Aquí está. Te lo he dicho mal, no es Kalix. Disculpa.

«Que no sea Kiruna...», fue todo lo que pudo pensar antes de que Grace siguiera hablando.

—La anciana vive en Kiruna. Siempre confundo los nombres. —añadió entre risas.

Lo dijo con esa especie de indiferencia de quien piensa que no hay civilización más al norte de Estocolmo. Norrland y su enorme masa de tierra era como un papel en blanco, incluso para los urbanitas más cultos. Pero Ambra sabía que, a pesar de todo, incluso en el infierno había grados.

Kiruna. Por supuesto que era Kiruna.

Le quitó la nota a Grace de un tirón y se alejó del escritorio.

¿Por qué tenía que ser precisamente Kiruna, un sitio al

que había jurado no volver nunca y donde había pasado más frío y había llorado y odiado más que en ninguna otra parte del universo?

Ambra cruzó el estudio de televisión en el que se grababan los programas para la web y la sección de Sucesos. Pasó por delante de Investigación y miró con nostalgia la redacción, una de las pocas que mantenía las puertas cerradas; fue en busca de una taza de café y de su ordenador portátil, logró evitar por los pelos a Oliver Holm, su principal rival, y se hundió en un sofá libre. Encendió el ordenador, volvió a conectarse y abrió el correo electrónico. Veinte mensajes en diez minutos, la mitad de los cuales eran amenazas por el artículo que había escrito esa mañana sobre acoso sexual en un gimnasio. Echó un vistazo a los mensajes y, aunque sabía que debía remitir los peores al departamento de seguridad, no se molestó en hacerlo. Llevaba demasiado tiempo trabajando en esto como para preocuparse por las intimidantes advertencias de un puñado de misóginos anónimos. Ese día se dedicaría a escribir sobre hijos ilegítimos en Kiruna.

Marcó el número de Elsa Svensson y suspiró cansada mientras esperaba respuesta. Suponía que tardaría en volver a su apartamento, a sentarse en su sofá delante de su televisor.

2

Tom Lexington arrojó un tronco a la chimenea. Aunque la casa estaba bien aislada, agradecía el calor adicional que proporcionaba el fuego. En la calle la temperatura era de veinte grados bajo cero y nevaba copiosamente. Pero ¿cuándo no nevaba en Kiruna? Tendría que retirar la nieve si quería salir de casa.

Miró el fuego. Cuando se concentraba en el crepitar de las llamas se sentía casi normal. Se estiró y cogió otro tronco. Mientras lo dejaba oyó el suave zumbido del teléfono que estaba encima de la mesa del salón. Se levantó para ver quién era. La centralita de Lodestar Security Group. Trabajo.

Se rascó la barba. Debería responder, podía ser importante, pero ese día tampoco se sentía capaz. Se dirigió a la cocina arrastrando los pies y cuando llegó, no recordaba a qué había ido. Se quedó de pie, mirando la nieve y el bosque a través de la ventana de la cocina, esperando oír la previsión del tiempo en la radio. El estruendo de una explosión cruzó de pronto las ondas de la radio. Era el anuncio del siguiente programa, dedicado a la caza. Le empezaron a temblar las manos, luego los muslos. Su campo visual se redujo y empezó a respirar con dificultad. Todo sucedió

muy deprisa, pasó menos de un segundo desde que oyó el ruido hasta que tuvo la sensación de que estaba a punto de desmayarse.

Buscó a tientas el fregadero para apoyarse. El corazón se le aceleró como si estuviera en combate. De repente ya no estaba en la casa, ni el bosque a las afueras de Kiruna, ni en un paisaje invernal a varios grados bajo cero de temperatura y rodeado de nieve. Estaba en el desierto, en medio del calor, en el calabozo donde le interrogaron y torturaron. El corazón y la sangre le golpeaban de tal modo que tenía la sensación de que el suelo temblaba bajo sus pies. Los recuerdos surgieron como una película ante sus ojos. Se obligó a respirar por la nariz y expulsar el aire por la boca, pero no le sirvió de nada. Estaba allí.

Tomó impulso y golpeó el fregadero con la mano con todas sus fuerzas. El dolor se extendió por su cuerpo a través del brazo, lo que le resultó de gran ayuda. La intensidad del dolor interrumpió su ataque de ansiedad y volvió a estar en casa.

Tom respiró profundamente; todavía se estremecía. El *flashback* solo había durado un par de segundos, pero estaba empapado en sudor. Le temblaron las piernas mientras se dirigía a la despensa a por una botella de whisky e intentaba no pensar en cuántas botellas vacías había debajo del fregadero. Echó un trago y luego abrió el grifo. Kiruna estaba al norte del círculo polar Ártico. El agua de las tuberías de la casa estaba fría y bebió con avidez. Cuando dejó el vaso volvió a oír el teléfono. Fue a la sala de estar y lo cogió.

Leyó en la pantalla el nombre de Mattias Ceder. Otra vez.

Mattias le había llamado durante todo el otoño y Tom no le había respondido ni una sola vez. Rechazó la llamada y se llevó el teléfono a la cocina, donde se sirvió otro whisky. Después de dos segundos volvió a sonar. Miró. De nuevo Mattias Ceder. Ese hombre siempre había sido muy testarudo. Tiempo atrás fueron compañeros de armas y no habrían dudado en dar su vida el uno por el otro, pero había llovido mucho desde entonces y ahora las cosas eran distintas. Tom miró el teléfono hasta que se quedó en silencio. Luego llegó un mensaje.

¿Puedes contestar de una maldita vez?

Bebió un gran trago, se sirvió más, movió el vaso.

Hacía muchos años que no hablaba con él. Cuando eran jóvenes podían hablar de cualquier cosa, pero eso fue antes de que Mattias le traicionara.

Tom miró el fregadero, lleno de tazas, platos y cubiertos que no había sido capaz de meter en el lavavajillas. La asistente vendría al día siguiente, así que lo dejó tal como estaba, consciente de que hasta ese momento nunca había sido de los que dejan que otras personas se encarguen de su basura.

Cogió el vaso, la botella y el teléfono y regresó al cuarto de estar.

No era la primera vez que padecía trastorno de estrés postraumático, en mayor o menor grado, desde que con dieciocho años se alistó en el ejército, así que conocía el diagnóstico. Había estado en combate, había visto morir a compañeros, lo habían herido. Todo eso dejaba huella y ya